

OLEAJE PROFUNDO

Raúl Rossi Contreras
Contraalmirante IM

SIEMPRE he sido un atento observador de la naturaleza y muy especialmente del mar, ese elemento tan variado y desconocido, al que hemos atado nuestras vidas. Este relato, que no pretende mayor autoridad científica, surge de experiencias vividas que hoy recuerdo con la confianza que los especialistas abordarán en profundidad el estudio de este fenómeno que me he decidido a describir por haber descubierto que es muy poco conocido, incluso entre gente de mar.

Mis primeras observaciones se remontan al año 1943, durante mi desempeño como Comandante del Grupo de Defensa de Costa de la isla de Juan Fernández, este actual Robinson Crusoe, donde residí por más de un año.

El día 15 de octubre se iniciaba la temporada de pesca de la langosta y los pescadores saldrían a la mar de amanecida: Mas, eran las ocho de la mañana y ninguna embarcación había zarpado; por el contrario, una insólita razón los mantenía reunidos en la caleta, con cierta excitación. Mi primer pensamiento fue que podía ser un principio de huelga, aun cuando días atrás, en mi calidad de autoridad en la isla, había regularizado con los pescadores un convenio de pesca para la temporada 1943-44.

Preocupado por lo que estaba sucediendo establecí contacto con don Vicente Mena, el más caracterizado de los isleños y residente allí por más de 60 años, quien me informó que no se trataba de huelga ni nada parecido sino de un golpe de mala suerte, pues había señales de que se aproximaba un temporal de fondo de mar.

Me dijo: —Mire Ud., hacia la playa de la punta Bacalao; ¿ve esos rizos cerca de la playa?, es la señal que viene el temporal; por eso los pescadores no han salido a calar las trampas (en esa época eran caladas a una milla de costa y a una profundidad de 25 a 30 brazas); si las calan, las arrastra el oleaje de fondo, se cortan las lienzas y las trampas se pierden. Además, las langostas durante el temporal no salen de sus cuevas. Este temporal no es muy frecuente y no dura más de tres días; mañana Ud., va a ver la caleta cubierta de esponjas de mar y también, quizás, algunas langostas.

Al mediodía se pudo observar un oleaje de mediana altura que reventaba con fuerza en la playa; sin embargo, era muy curioso que el mar mantenía su superficie en completa calma, casi mar llana.

Al día siguiente la playa de la caleta estaba cubierta de esponjas de mar, restos de vegetación marina, algunos trozos de árboles y varias piezas de madera trabajada.

Al tercer día el temporal de fondo amainó y los pescadores, con gran alegría, se hicieron a la mar. Recogí gran cantidad de esponjas, dos ostras petrificadas y restos de madera labrada que conservaba el barniz, con seguridad provenientes del crucero alemán *Dresden* hundido en las cercanías el 14 de marzo de 1915.

Es del caso mencionar que me tocó vivir en la isla varios temporales con vientos huracanados y mar arbolada que golpeaba la costa con grandes olas, pero no producían varzones de esponjas ni de restos sumergidos.

* * *

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducidas de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

Este mismo fenómeno lo volví a presenciar en el puerto de Iquique a fines del año 1950, durante mi desempeño como Comandante del Grupo de Defensa de Costa de esa localidad.

Mi residencia estaba en la isla Serrano, de modo que detecté el temporal desde su inicio hasta su término; duró tres días. Según los pescadores del área, hacía tiempo que no se producía ese tipo de braveza de mar.

La costa, desde Cavancho hasta Chucumata, quedó cubierta de gran cantidad de algas marinas, estrellas de mar y una medusa gigante. Para rehabilitar la playa de Cavancho como balneario hubo que emplear personal naval y militar, camiones y un tractor durante varios días.

* * *

De estas experiencias y otras observaciones que he podido hacer en el tramo Quintero-Las Salinas, es posible establecer las características de este fenómeno.

La ola se produce muy cerca de la playa y recalca sumergida; es de poca altura, no superior a dos metros, pero golpea con fuerza. En los lugares que hay abundancia de algas marinas, mariscos y desperdicios acumulados en el lecho marino, los arroja a la playa. El oleaje se repite cada 15 ó 20 segundos, por espacio de tres a cinco días; su ocurrencia es poco frecuente; no abarca grandes extensiones y no produce daño en las obras de los puertos. Solamente altera el fondo marino en las cercanías de la playa, donde acrecientan los niveles de arena. Durante su desarrollo la superficie del mar está calma, a diferencia del oleaje por fuertes vientos, en el que las olas se producen a unos cincuenta metros del borde costero, con alturas superiores a los dos metros, reventando a unos 20 metros de la playa, sin arrastrar restos ni vegetación marina, pero llevándose en su resaca algunas cantidades de arena.

Es por eso que después de un gran temporal de viento las playas pierden altura; el oleaje profundo, en cambio, les deposita arena; de ahí que las playas tiendan a mantener estable su nivel.

Como todo fenómeno de la naturaleza, tienen diferentes grados de magnitud; lo ocurrido en la isla Robinson Crusoe e Iquique puede clasificarse de gran magnitud y lo observado en el tramo de costa de Las Salinas a Concón, en cambio, de baja intensidad.

* * *

Cuando había terminado el presente recuento, el día 27 de febrero de este año, siendo las once de la mañana y en circunstancias que paseaba por playa Amarilla de Concón, contemplé el típico oleaje profundo, cuyas olas emergían a pocos metros de la playa, arrastrando mucha arena; su golpe, a pesar de su baja altura, era fuerte, generando una potente resaca; la mar estaba llana; no amainó ni al caer la noche.

Al otro día, con un sol radiante, el oleaje profundo había aumentado y su período era de 15 segundos. Recorrí el tramo de costa desde la desembocadura del Aconcagua hasta la playa Las Salinas y en toda su extensión se desarrollaba el mismo fenómeno.

A eso de las tres de la tarde comenzó a entrar hacia la costa el clásico viento suroeste con una fuerza aproximada de 25 nudos, lo que produjo un oleaje de altura que se deshacía con violencia a unos 20 metros de la playa.

Fue así como pude observar un oleaje combinado de olas producidas por el viento, de color verde transparente y con espuma blanca al reventar, y otro —producido por la corriente submarina— que emergía cerca de la playa, oscura y cuajada de arena. Estos oleajes no estaban sincronizados; sus períodos eran diferentes, pero había momentos en que ambos se fundían en una misma ondulación, afectando simultánea pero diversamente al arenoso litoral.

